

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1^o SEMESTRE.) LIMA, JUEVES 17 DE SETIEMBRE DE 1840. (NUMERO 72)

HIJIEVE.

DE LOS ALIMENTOS Y DE LAS BEBIDAS.

(Conclusion.)

Condiciones de la digestibilidad procedentes del individuo.

Los alimentos refrigerantes son aquellos que por la abundancia de sus aguas de vejetacion, y por su acidez mas o menos pronunciada, calman la sed y templan el calor animal: en esta clase se colocan los frutos rojos, las cerezas, las grosellas, la sangüesa, las fresas, las naranjas, los limones, la acedera, las ensaladas, etc. En la de los alimentos *dulcificantes* o *emolientes*, se comprenden la mayor parte de las sustancias vejetales y de los pescados, la leche, las carnes de animales nuevos, los tejidos, cargados de jaletina, las sustancias harinosas, mucilajinosas, azucaradas, aceitosas, mantecosas, etc. De todos los alimentos, estos son los que tienen unos efectos menos pronunciados sobre la economia, y aun se les puede considerar como que son hasta cierto punto sedativos, y poco capaces de escitar la sensibilidad, y los movimientos de nuestros órganos. No sucede lo mismo con los alimentos *escitantes*; los cuales tienen una accion diametralmente contraria a la de los precedentes; pues escitan el aparato digestivo, y todos los sistemas de órganos durante la digestion, y aun mucho tiempo despues que esta se acabe, dura todavia la escitacion. Estas sustancias mueven y activan la circulacion, las secreciones, la sensibilidad, la intelijencia y los apetitos venéreos, y poco a poco modifican el organismo, y le dan una susceptibilidad escesiva, que muchas veces acaba por gastarse bajo la influencia de estos mismos agentes modificadores, que la habian producido. Los alimentos escitantes reciben sus propiedades casi enteramente del modo de prepararlos y de los condimentos, como la sal, la pimienta, el clavo, la canela, el laurel, el tomillo, el ajo, etc. Estos alimentos son los que muchas veces se han llamado con el nombre de *cálidos*. Llámense tónicos o fortificantes los que tienen la propiedad de escitar moderadamente los órganos, presentandoles al mismo tiempo, y con abundancia, materiales reparadores. Entre los vejetales, la harina de trigo es la que posee la propiedad tónica en mas alto grado, y con ella se hace el pan; pero al frente de los alimentos fortificantes, y aun antes que el pan, se deben poner todas las carnes, en las cuales la osmazoma está unida con la fibrina y con la gelatina. Las carnes a que se atribuye mas la virtud tónica, son las que tienen mas color, y se llaman *carnes negras*; como por ejemplo, las carnes de cabrito, de liebre, de codorniz, de becafigos, etc; por lo demas, para que un ali-

mento sea fortificante, necesita tener dos condiciones esenciales, que se *dijiera* y que *alimento* bien.

E. Ademas de las propiedades que acabo de señalar, algunos alimentos tienen otras mas especiales, y que voy a indicar aqui muy en compendio. Unos se *hinchán* en el estómago, y ocasionan en este órgano pesadez e incomodidad; como las papillas, las puréas, las gualdas, los granos y semillas secas, y finalmente todos los harinosos; y ya he dicho en otra parte que estos alimentos son los que apaciguan mas bien el hambre. Otros ocasionan *flatuosidades*; y aqui nos volvemos a encontrar con todas las sustancias que acabo de enumerar, y ademas todas aquellas que tienen el mucilago por base, como las coles, los nabos, las cebollas, los rábanos, los ajos, etc. Las *flatuosidades* son siempre un signo de mala digestion, y denotan que los alimentos han padecido una fermentacion cualquiera antes de convertirse en quilo. Algunas sustancias ocasionan ordinariamente *eructos nidorosos*; todas las mantecas, las viandas crasas, las fritadas, los torreznos, etc., producen muchas veces este efecto. Los lacticinios y los frutos ácidos o azucarados determinan asi mismo las *acacias* o *acritudes* de estómago. Muchos alimentos tienen la propiedad de *relajar* o *aflojar el vientre*; como son, los cuerpos grasos, las viandas jelatinosas, las uvas, las ciruelas, las ciruelas cocidas, la miel, las espinacas, el melon, la sandia, la calabaza, y en jeneral la mayor parte de los vejetales que contienen mucha agua de vejetacion. Otros alimentos por el contrario tienen la propiedad de *costipar* o *estreñir*, y entre estos se citan con mas particularidad los frutos acerbos no maduros, los membrillos, las granadas, la cornizola, y las nisperas, etc. Muchas personas conceden la misma propiedad al arroz, y al azucaar. El uso de las sustancias que determinan una escitacion un poco viva en el estomago, hacen perezoso el intestino grueso, y por este motivo se consideran como cálidas; las trufas o criadillas de tierra, y la mayor parte de los pescados, tienen la reputacion de escitar al *apetito venéreo*, y de provocar una secrecion abundante del licor prolífico. Estos alimentos se llaman *afrodisiacos*; y se da el nombre de *diureticos*, o que activan la secrecion y escrecion de las orinas, a las cebollas, los ajos, los espárragos, los ajos porros, el apio, el perejil, el cebollino, el cerafollo, etc.; y finalmente, las materias vejetales fermentadas, las salmueras, las carnes ahumadas, las que ha padecido ya un grado mas o menos adelantado de fermentacion, se reputan como capaces de *viciar los humores*, y de determinar enfermedades escorbusticas, daltosas, etc. etc.

CHINOS CELEBRES.

MENG-TSEU, filósofo chino.

Meng Tseu (o *Mencius*, latinizado) está considerado por los letrados historiadores chinos como el primer filósofo de su nación después de Koung-tseu. La obra que ha dejado forma el cuarto de los libros clásicos enseñados en las escuelas y colejos. Era contemporáneo de Jenofonte y Sócrates, porque floreció hacia el año 350 antes de nuestra era. Nació en el pequeño reino de Tseu, provincia de Chang-toung. Su familia descendía de Meng-sun, perteneciente a una de las tres familias cuya usurpación del poder y la afectación de un rango superior fueron severamente criticadas por Koung-tseu. Su padre murió poco tiempo después de su nacimiento; su madre era una mujer ilustrada, que se empeñó en dar a su hijo una buena educación. Es una buena máxima entre los filósofos chinos, que un hombre sabio jamás debe habitar cerca de un mal lugar, so pena de verse muy luego manchado: se refiere de la madre de nuestro filósofo Meng-tseu que mudó dos veces de residencia para evitar los malos ejemplos que la vecindad de su casa ofrecía a su hijo. La primera vez se hallaba cerca de una carnicería; pero temiendo que el interés visible que su joven hijo tomaba en las escenas de sangre de la casa del carnicero, y su deseo de repetir en casa de la madre cuanto había visto, no le inspirasen sentimientos crueles y depravados, determinó mudar de domicilio. La casa que habitó luego estaba vecina a un cementerio, y el joven Meng se acostumbró bien pronto a imitar los lloros y los gemidos de los que venían a ofrecer sacrificios sobre la tumba de sus difuntos deudos; esta circunstancia fue un nuevo motivo de inquietudes para la madre del joven filósofo, que, temiendo que su hijo no tomase la costumbre de mofarse de las ceremonias religiosas remedándolas, resolvió mudar de nuevo de casa. Fue más dichosa en la tercera elección que hizo; su habitación estaba frente de una escuela; el joven Meng, viendo que los alumnos que frecuentaban esta escuela estaban instruidos en los diferentes ramos de la literatura, se dedicó a imitarlos en casa de su madre, lo que agradó sobremanera a esta, pues que sus votos más ardientes, con respecto a su hijo, iban a realizarse. Mandóle en seguida a la escuela donde hizo grandes progresos. Algun tiempo después, habiendo oído hablar de la fama de Tseu sseu, digno descendiente de Koung tseu, Meng tseu fue su discípulo, y bajo su dirección adelantó rápidamente en el conocimiento de las doctrinas de su maestro. A ejemplo de este, viajó en los diferentes pequeños estados de la China, presentándose en la corte de los príncipes con los cuales filosofaba, dándoles muchas veces excelentes lecciones de política y de sabiduría. Como Koung tseu su objeto era la felicidad de sus compatriotas. Al comunicar el conocimiento de sus principios, primero a los príncipes y a los hombres que ocupaban un rango elevado en la sociedad, y luego a un gran número de discípulos que su nombradía atraía en torno de sí, se esforzaba en propagar sus doctrinas lo más que podía entre la multitud; e inculcar en el espíritu de los grandes y de los príncipes, que la estabilidad de su poder dependía únicamente del amor y del afecto que ellos tuviesen a sus pueblos. Su política parece haber sido más pronunciada y más atrevida que la

de Koung-tseu. Al esforzarse en hacer comprender a los gobernantes y gobernados sus deberes recíprocos, llevaba por miras someter todo el imperio chino a sus principios. Por un lado, enseñaba al pueblo el derecho divino que los reyes tenían de reinar; y por otra, enseñaba a los reyes que su deber era consultar los votos del pueblo, y poner un freno al ejercicio de su tiranía, en una palabra, de ser el padre y la madre de su nación. Meng tseu era un hombre de principios independientes, y jamás dejaba pasar un acto de opresión en los estados con los que tenía relaciones, sin vituperarlos severamente.

Meng-tseu poseía un gran conocimiento del corazón humano, y ha desplegado en sus escritos una gran flexibilidad de talento, una gran sagacidad en descubrir las medidas arbitrarias de los príncipes reinantes, y los abusos de los empleados subalternos. Su modo de filosofar es el de Sócrates y Platon, pero con más rigor y con rasgos más ingeniosos. Toma a su adversario, sea quien quiera, príncipe o cualquier otro, y de inducción en inducción, de consecuencia en consecuencia, le conduce al disparate o al absurdo. Le aprieta tanto que es imposible que se le escape. Su libro ha sido traducido ya muchas veces en idiomas europeos; la mejor traducción es la que ha dado *en latin* el Sr. Stanislas Julien, hoy en día profesor en chino en el colegio de Francia. Esta traducción ha sido publicada de 1824 á 1829, en un volumen en 8.^o, a costa de la sociedad asiática de Paris. Pero falta una buena traducción en algún idioma vivo. Este filósofo murió a la edad de 94 años, y hasta pasados mil años después de su muerte no recibió de su patria los honores del jénero de los dados a la memoria de Koung-tseu. Por el año 1005 de nuestra era, fue cuando un emperador de la dinastía de los *Soung*, le nombró *Koung* o *duque* del reyno de *Tseu*, que le vió nacer, y le erigió un templo en la parte oriental de la provincia de Chang-toung, donde reposaban sus cenizas. En seguida hizo colocar su estatua en un nicho del templo de Confucio, inmediato al de Yuen-tseu, discípulo de este antiguo filósofo.

Otro emperador instituyó sacrificios en su honor; mas el fundador de la dinastía de los *Ming* los abolió. Se refiere del modo siguiente lo que motivó esta medida. Meng tseu, que, como Koung-tseu, se mezclaba mucho de moral política, dirigiéndose a *Siouen*, rey de *Tsi*, le había dicho:

“Si el príncipe mira a su ministro como su mano y sus pies, entonces el ministro considera a su príncipe como su alma y su corazón: si el príncipe mira a su ministro como un perro o un caballo, entonces el ministro reputa a su príncipe como un hombre muy vulgar; si el príncipe mira a su ministro como el rastrojo de un campo segado, entonces el ministro considera al príncipe como un bandido y un enemigo.”

La palabra *bandido* había escitado la cólera del emperador, y ordenó desde lo alto del solio que se degradase al sabio y se suspendiesen los sacrificios que se hacían en su honor. Empero un año después, como recibiese una súplica en favor del filósofo, enviada por un letrado, que se había ofrecido a morir en memoria de Meng tseu, hizo erigir de nuevo el templo de este filósofo, ordenando se siguiesen los honores de su memoria.

EL PERRO DE MONTARGIS.

JUICIO DE DIOS, EN EL SIGLO XIV

No hay cosa en el mundo cuya existencia no haya dado lugar a disputas y controversias entre los hombres. Ciertos filósofos niegan la materia, otros el espíritu, otros en fin se niegan a sí mismo. No debe pues causar admiración que muchos críticos, por otra parte dotados de gran saber, hayan negado sucesivamente la existencia de muchos personajes ilustres o la de maravillosos acontecimientos de la historia. Haciendo un resumen de todas las dudas emitidas solamente desde trescientos años, no hay tradición histórica algo remota que pueda ser aclarada de un modo satisfactorio, ni mucho menos que no esté sujeta a mil contestaciones. Sin embargo, no es prudente negar todo y la fe suele ser, dentro de una esfera racional, una verdadera necesidad; un escepticismo absoluto conduce al egoísmo, a la muerte intelectual, como la incredulidad sin límites, conduce a la esclavitud del alma y del cuerpo, en una palabra, a lo absurdo.

Entre los hechos raros de la historia, considerados como otros tantos cuentos, nótese el combate del perro de Montargis.

Poco o nada ganaremos con poner en cuestión esta especie de juicio de Dios, ni con pronunciarnos contra él afirmativa o negativamente. El hecho es curioso y lo contaremos.

Un gentil-hombre reconocido en las crónicas como archero del rey de Francia Carlos V, y según varios historiadores, como un simple cortesano llamado el caballero *Macaire*, el cual celoso de los favores que su soberano dispensaba a otro cortesano, compañero suyo, llamado *Aubry de Montdidier*, resolvió matarle, y después de espiarlo repetidas ocasiones, logró hallarse a solas con él en un bosque a donde había ido sin más compañero que su perro; aprovechando la oportunidad del momento le dió la muerte, lo enterró y concluida la operación volvió a la corte con frente serena. El perro permaneció sin moverse al lado de la sepultura de su amo, hasta que acosado por el hambre, tuvo que tomar el camino de Paris, residencia del monarca, con el objeto de pedir un pedazo de carne a los amigos del difunto su amo, y luego volvió a custodiar su cadáver. Como se repitieron estas idas y venidas, hubo quien sospechase por los ahullidos del pobre animal, que parecía por otra parte que buscaba al delincuente, determinó seguirle hasta su paradero, es decir hasta el bosque indicado, en donde observando exactamente cuanto hacia, descubriose que se acostaba en un sitio cuya tierra parecía recién cavada. Movidos a curiosidad, intentaron los concurrentes hacer nuevas escavaciones, y dieron al instante con el cadáver del desgraciado *Aubry*; mas pasó mucho tiempo sin que se supiese el nombre del asesino. El perro fue recogido por los parientes del difunto, y cierto día que andaba paseando, reconoció por casualidad al matador de su amo, en medio de los cortesanos y archeros; lo abalanza, préndesele del cuello con violencia: en vano lo desprenden, quiere volver, quiere asaltar de nuevo al asesino. Sin embargo, no fue esta la única vez que el perro se enfureció a la vista del caballero *Macaire*, pues siempre que le encontraba, repetía iguales ahullidos y costaba, apartarlo. Esto duro algún tiempo, hasta que la repetición con-

tinua del hecho infundió sospechas, tanto más que el animal no se dirigía sino al mismo cortesano como con intención de vengarse. Instruido el rey de la obstinación de aquel perro y sabiendo que pertenecía al gentil-hombre asesinado con tanta villanía, quiso ver al pobre animal: lo hizo traer a su presencia y ordenó que el gentil-hombre sospechoso se ocultara entre los asistentes. El perro se arrojó con su ira acostumbrada sobre *Macaire*, y como si hubiese sentido que el monarca podía vengar la muerte que aquel había hecho, daba mayores ladridos, y lo acosaba con más furor. El rey le hizo justicia: mandó comparecer al gentil-hombre, pues el caso era para todos extraordinario y maravilloso. El rey le interrogó públicamente, le instó a que revelase el hecho, a que dijera la verdad, porque los ladridos del perro eran otras tantas acusaciones. Pero sea vergüenza o temor de morir en un cadalso, el gentil-hombre negó con terquedad fuese él quien había cometido semejante muerte, y persistió de tal manera en su criminal intento, que Carlos V. ordenó que la queja del perro y la negativa del gentil-hombre terminarian en un combate singular entrambos, por cuyo medio Dios permitiría el esclarecimiento de la verdad. Se presentaron en la liza el día señalado, como dos campeones, a presencia del soberano y de toda su corte: el gentil-hombre armado de un palo grueso y pesado, y el perro sin más defensa que sus armas naturales y un tonel abierto para esconderse. Apenas lo largaron, no esperó que su enemigo lo atacase el primero, aunque temiendo el golpe tremendo del palo, anduvo dando vueltas en torno del caballero y así que vió que era tiempo de lanzarse, se prendió con tanta fuerza del cuello de su adversario, que logró tenderlo en el suelo. *Macaire* viendo acercarse la muerte, gritó que lo librasen de aquella fiera, que él confesaría la verdad a su Majestad. En efecto confesó delante de todos que él había muerto a su compañero, y que no había más testigo que aquel perro por quien se declaraba vencido.

La historia de este perro, célebre, a más de los vestigios honrosos que ha dejado de su victoria en Montargis, ha sido recomendada a la posteridad por varios escritores y especialmente por Julius Scaliger.

Este desafío tuvo lugar en 1371. El asesino era realmente el caballero *Macaire* y la víctima *Aubry de Montdidier*. El primero fue condenado a muerte según las memorias de aquel tiempo.

EL TESORO,

EN LA TORRE DE LONDRES.

Las insignias reales de Inglaterra han estado mucho tiempo encerradas en uno de los edificios de la Torre, en Londres; allí es donde, bajo el reinado de Carlos II, intentaron robar la corona con una singular audacia. Las circunstancias de esta tentativa ofrecen un interés bastante poderoso, y parecerían de una naturaleza capaz de inspirar a un autor de novela o de drama.

En aquella época, el hombre que mostraba al público las joyas del tesoro, el globo, la corona y el cetro, era un antiguo sirviente de Sir G. Talbot, llamado Edwards: tenía cuando menos ochenta años. Un día, una señora acompañada de un

eclesiastico, cae desmayada durante la corta explicacion que Edwards tenia costumbre de hacer al público: la hizo entrar en una sala particular; y la socorrió; cuando se le paso el desmayo, la señora le dio las gracias, y salio con el eclesiastico.

Algunos dias despues, volvió este; y ofreció al anciano Edwards cuatro pares de guantes blancos de parte de la señora, a quien llamaba su esposa. Despues de otras muchas visitas, en las que el honrado guardian recibió nuevos testimonios de reconocimiento por sus buenos oficios, el eclesiastico le dijo: "Teneis una hija muy encantadora, caballero Edwards, y nosotros tenemos un sobrino que posee doscientas o trescientas libras de renta. Si no habeis dispuesto aun de la mano de la señorita Edwards, permitidme que le presente mi sobrino. Cuando ella le conocerá, tal vez le aceptará por esposo, y nos seria muy lisonjera una alianza con una familia tan honrada como la vuestra." Edwards, enternecido por esta proposicion, convidó a comer al pretendido eclesiastico, y este aceptó sin vacilar: hizo honor a la invitacion, pronunció las gracias con un piadoso recojimiento; y añadió una larga oracion por el rey, la reyna y la familia real. Por la tarde visitó el alojamiento de su huésped: habia un par de pistolas colgadas en una pared; admiró su trabajo, y las compró para hacer presente, decia él, a un joven lord su vecino. Este era un medio de desarmar al guardian. Cuando salió, convino en un dia de la semana para presentar su sobrino a su novia, y pidió al mismo tiempo permiso de traer a dos amigos, extranjeros en Londres, y que deseaban ver la corona.

El dia prefijado, el anciano guardian y su hija, adornados con sus mejores vestidos, vieron llegar a Blood (el falso eclesiastico) con otras tres personas, de las cuales una se detuvo en el bajo de la escalera. Blood dijo al viejo que le abrió la puerta, que sus amigos debian partir de Londres aquella misma mañana, y le rogó que le mostrase sin tardanza la corona. Edwards lejos de toda sospecha, los condujo a los tres a la sala de las joyas: pero apenas hubo cerrado la puerta atras si, segun el uso, cuando se le echó sobre la cabeza una capa, se le pasó por la boca una mordaza de madera, horadada de modo que tuviese la respiracion libre, y se le apretó la nariz con unos alicates de hierro, para que no pudiese dejar oír ningun sonido. Entonces Blood le advirtió que querian llevar la corona, y que, si no metia ruido, se le dejaría la vida. El guardian no se intimidó por estas palabras; se esforzó en gritar, en llamar a socorro, pero se le apaleó con dureza, y perdió el sentido. Mientras que estaba tendido en tierra, Blood escondió la corona bajo su capa; otro ladrón, llamado Parrot, metió el globo en sus calzones, y el tercero se disponia a limar el cetro para llevarle mas facilmente, cuando, por una casualidad extraordinaria, uno de los hijos del viejo Edwards, volviendo de Flandes, golpeo a la puerta de la casa. Nuestros ladrones dejaron el cetro, y salieron sin precipitacion saludando al joven. Entonces Edwards se levantó, se quitó su mordaza, y grito: "Al asesino, al traidor!" Su hija salió a fuera repitiendo este grito, y añadiendo de instinto: "Se han robado la corona!" Se esparció el alarma. El joven Edwards y su cuñado, el capitán Beckman, se pusieron en persecucion de los

ladrones, que se dirijian hácia la puerta de Santa Catalina, donde tenian sus caballos preparados. A la entreda de un puente, una guardia quiso detenerlos; Blood sacó una pistola, y la guardia cayó atemorizada. Mas lejos, para desviar las sospechas de muchos centinelas, gritó él mismo: "Detengan, detengan a los ladrones!" Habian casi logrado la fuga, cuando el capitán Beckman los alcanzó: evitó un tiro de Blood bajándose, y precipitándose sobre el, le estrechó vigorosamente; la corona cayó. Blood viendo que no tenia mas esperanza de escaparse, dijo con una confianza rara: "La empresa era buena, aunque no ha salido bien: se puede jugar la vida por una corona." Durante la lucha, una perla magnífica, un hermoso diamante y algunas piedras menores saltaron de la corona, pero se hallaron.

El rey quiso que Blood y Parrot fuesen interrogados en su presencia en Whitehall, Blood con audacia confesó muchos crímenes; habia intentado ahorcar al duque de Ormond en Tiburn, y se habia emboscado muchas veces a la orilla del Tamesis, mas arriba de Buttersea, para matar al rey. Por lo demas, declaraba que tenia muchas centenas de complicés, irritados por las persecuciones relijiosas: que vengarian su muerte, o, al contrario, sabrian hacer eminentes servicios a su Majestad, si se mostraba jenerosa. Su discurso estaba lleno de fuerza y de habilidad.

Despues de este interrogatorio, Blood y sus compañeros fueron devueltos a la Torre para ser arrestados rigorosamente; pero algun tiempo despues, con grande asombro del público, fueron puestos en libertad. Se supo tambien que Blood habia dado en arrendamiento, al precio anual de 500 libras esterlinas, (2500 pesos fuertes), una propiedad que se le habia dado en Irlanda, y luego adquirió en la corte una influencia de que un gran numero de Lords supieron sacar partido.

AVISO.

SE VENDE

Un PIANO FORTE, nuevo, vertical, de la fábrica de BROADWOOD *and sons*, uno de los cuatro de este autor que han llegado a Lima, y el mejor de todos, por hallarse en él el mecanismo de los *contrabatidores* q' sirve para dar mas fuerza a los tonos, el que no tienen los demas. Su valor es de 800 pesos.—Ocurrase a la calle de la Coca, casa núm. 184, en el principal.

En la misma casa se vende un caballo chileno, lindo y muy manso. Su precio, seis onzas.

IMP. DEL COMERCIO, POR J. M. MONTEROLA.